

MAZARREDO: UN MARINO MINISTRO DE JOSE BONAPARTE

General CERVERA

Durante estos dos últimos días, y en la conferencia que hoy me ha precedido, han tenido ocasión de conocer diversos aspectos del marino don José de Mazarredo, sin duda alguna figura destacada de la Marina dieciochesca, que con sus luces y sombras marcó la impronta de una época de continuas y notables mutaciones. Así habéis conocido, el Mazarredo científico, determinante de una acusada personalidad en un marco ilustrado; el Mazarredo organizador, estratega y táctico, que asombra no solo a sus compañeros en la Armada, sino al propio Napoleón y el Mazarredo diplomático, que también se las tiene tiesas con el primer cónsul. A mi sin embargo, me *toca bailar con la mas fea*, pues he de tratar el Mazarredo ministro del rey José Bonaparte, es decir el Mazarredo afrancesado que echa un borrón inexcusable en su brillante hoja de servicios. Pero no adelantemos juicios de valor y enfrentemos serenamente la rigurosidad del hecho.

No es la primera vez que hablo de Mazarredo en las Jornadas de Historia Marítima que programa el Instituto de Historia y Cultura Naval. En una de las primeras, a fines de la década de los ochenta desarrollé el tema «El almirante Mazarredo, un marino profesional en un marco ilustrado», situándolo dentro de esas señas de identificación común de los marinos de la ilustración. El tema me parecía atractivo, porque los marinos ilustrados —y sin duda Mazarredo forma parte de esa nómina—, estructuran sus propios esquemas que habrán mas tarde de desarrollar en tareas de revisión y reorganización, depurando, agilizando, sustituyendo, revitalizando; estableciendo desde causa a efecto una escala de valores en los que descansan los resultados y consecuencias de esta revalorización, porque estos marinos tenían una visión panorámica muy globalizada de los problemas nacionales, lo que implicaba un objetivo de fusión y coherencia de las distintas partes del todo; porque como ha escrito Palacio Atard, hasta los mas acérrimos defensores del tradicionalismo, no desdeñaron nunca el progreso material y las ventajas introducidas en el siglo por los adelantos de la ciencia y técnica europea. Mazarredo no tenía por que ser la excepción de la regla.

Sin embargo Mazarredo no ejerció en mi vocación historiográfica, la atracción de un Topete, cuya biografía se publicó en 1996 en aquella espléndida colección de *Aula de navegantes* dirigida por el acierto de José Antonio Ocampo, ni de un Javier de Uriarte, empresa en la que ando metido ahora, o el reclamo de un Cayetano Valdés que une a su circunstancia naval el fino senti-

do del político. Mazarredo cuenta con otros apologistas —el almirante Barbu-do, José María de Areilza— de mucho mas peso histórico que quien os habla, pero no por ello me parece menor el reto de estudiar, e incluso de entender su afrancesamiento, por el que tantos agravios recibiera y tuviera que beber el cáliz del desprecio y reproche —algunos en durísimos términos— de sus mas entrañables compañeros.

Es evidente que las palabras *afrancesado* y *afrancesamiento* han sido manipuladas con excesiva ligereza y sin que su contenido responda a una situación real. Junto al afrancesamiento ideológico e intelectual, el que pudiéramos llamar afrancesamiento *de convicción* ha existido otro coyuntural y oportunista, de gente que por diversos motivos —y la ambición —puede ser uno de ellos— se prestaron a unirse al invasor. Pero existe un tercero que reclama el mérito de servir a España desde posiciones forzadas e incómodas, que entrañan sacrificio y renuncia, pero que en su trasfondo puede ser un afrancesamiento *de puro patriotismo*. Y este puede ser el caso de Mazarredo, de quien dice Fernández de Navarrete: *en sus cualidades personales aparecían reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y la penetración del héroe y del sabio*. Trazo tal vez ingenuo, pero que no deja de reflejar el concepto que aún sin demasiada perspectiva para la emisión de un juicio histórico se tenía del marino.

No cabe duda que personas bien intencionadas —y en ellas damos entrada a nuestro personaje— deciden unirse voluntariamente a José Bonaparte, para apoyarle en sus proyectos reformistas y seguirle en su política, y no son pocos los historiadores y analistas que consideran que a España le hubiese ido mejor con el rey intruso que con el advenedizo, por no utilizar otro calificativo de mayor dureza, de Fernando que mientras su pueblo luchaba en su nombre a muerte contra el invasor francés, el cómodo inquilino de Valencay, felicitaba a Napoleón por sus éxitos en España. Parece increíble pero es así. La Historia gusta a veces de estos sarcasmos.

Los principios doctrinales del afrancesamiento —y Mazarredo no será ajeno a ellos— se engloban en la adhesión a la forma monárquica, no de una dinastía determinada, la oposición a las acciones revolucionarias, y la necesidad de reformas políticas y sociales que dotaran a España de una posición de fuerza dentro del contexto europeo. Bajo estos postulados, los españoles de buena fe, que creyeron que la salvación de España era más probable afrancesándose, no hicieron otra cosa que seguir los dictados de su conciencia. No excluyamos de este censo a Mazarredo.

Ha escrito don Gregorio Marañón que fue el rey legítimo Fernando VII el que ha costado en nuestra historia más vidas y mas sufrimientos a sus súbditos. Pocas vidas humanas merecen mayor repulsión que las de aquel traidor integral sin asomos de responsabilidad y de conciencia, ni humana ni egregia, Por ello —sigue don Gregorio— no puede juzgarse con rigor suficiente a quienes prefirieron con toda clase de reservas patrióticas al rey José. Y para Salvador de Madariaga, Fernando VII ganó títulos sobrados para que se le considere el rey mas despreciable de la historia de España.

Un buen número de afrancesados fueron tan leales a su españolismo y su monarquismo que al cesar el compromiso con José Bonaparte que habían jurado por espíritu de orden y por noble sentido liberal, volvieron a la obediencia de *El Deseado*, convertido ya en Indeseable. Mazarredo no pudo hacerlo porque triste y desmoralizado había muerto en 1812, pero al menos se libró del trámite insufrible de las purificaciones.

En el grupo de afrancesados que se unen al rey José hay absolutistas y liberales. La moderna terminología los llamaría hoy *colaboracionistas* como ocurriera en Francia con el gobierno de Vichy en la segunda guerra mundial, o los gobiernos títeres que surgieron tras el telón de acero bajo dominación soviética. Pero este colaboracionismo josefino tiene otros alcances. Posiblemente no eran menos patriotas que los que luchaban contra los franceses, aunque su nacionalismo estuviera investido del sentido humanístico y cosmopolita de la Ilustración, hasta el punto de defender a José I como rey español, contra el intervencionismo, la arbitrariedad y el sojuzgamiento que ejercía Napoleón sobre España, y en ese caso —justo es decirlo— las protestas del rey José y sus ministros fueron constantes.

Los ilustrados afrancesados se mantienen dentro de la legalidad constituida y acatan a la Junta de Gobierno de Madrid a la salida de Fernando VII. Creen que España no está envuelta en una guerra por la independencia sino en una contienda civil. En un bando está la legalidad y el orden; en otro, la insurrección y el caos. La Constitución de Bayona preparada por Napoleón, era muy del gusto de estos intelectuales para los que significa un paso hacia adelante. La entronización de José, no implica para ellos ninguna traición ya que Fernando ha renunciado a la corona a favor de su padre, y este a su vez se la ha cedido a Napoleón, que graciosamente se la entrega a su hermano mayor. No puede haber una almoneda de mas deshonra en tanto significativo trueque.

En la asamblea de Bayona —todavía José no ha formado gobierno— la presidencia la ostenta Miguel José de Azanza (más tarde duque de Santa Fé, título josefino), que ha sido ministro de Carlos IV y Fernando VII, Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos III en su juventud y de Carlos IV, Pedro de Cevallos, inminente ministro de Asuntos Exteriores, que lo había sido de Estado con Fernando VII, quien en 1814 le volvió a dar el mismo cargo, y en 1816 de Gracia y Justicia. Era pariente de Godoy, y según se dijo *buen nadador entre dos aguas* Gonzalo O'Farril que regirá el Ministerio de la Guerra, había ocupado la misma cartera con Fernando VII. Teniente general ascendido en la guerra contra la Convención a raíz de la acción de Bañolas. Al perder la corona José I se expatrió y murió en el exilio. Sebastián Peñuela, ministro de Justicia también lo había sido con Fernando VII, y el propio presidente Azanza que va a ser ministro de Indias, había sido militar. Indultado en 1820 tras el golpe militar de Riego. También Mariano Luis de Urquijo, traductor de Voltaire, declarado reo de alta traición por los partidarios de la independencia, se fue a Francia a la caída de su rey y nunca volvió a España. Solo Mazarredo no tiene pasado político, sino el prestigio de un buen marino. No ha sido

ministro de nada, y ahora va a serlo de una Marina apócrifa con el indignado rechazo de sus compañeros, y posiblemente con algo de su propio desencanto.

Napoleón ha crecido mucho desde aquellos años de la guerra contra la Convención cuando era un joven capitán de artillería. Conoce a los marinos españoles a los que ha tenido enfrente y ahora quiere tenerlos a su lado en virtud de esas raras alianzas a las que parece proclive nuestro país. Admira a Uriarte al que ha regalado un sable como muestra de amistad. Respeta a Gravina y Escaño y tiene una relación de altibajos con Mazarredo con el que ha mantenido extensa correspondencia no siempre en tonos de cordialidad, pues el marino tiene un firme posicionamiento sobre los barcos españoles situados en Brest. Como ejemplo la larga y razonada queja que dirige al ciudadano Bonaparte primer cónsul de la República francesa. El escrito tiene fecha de 11 de enero de 1808, cuando ejerce de plenipotenciario de Carlos IV, el Rey mi Amo, como lo titula. Rechaza las insinuaciones y reproches de Napoleón, sobre la escasa colaboración española y dice textualmente: *Al oídos, ciudadano Primer Cónsul, yo estaba muy lejos de dar la fuerza oficial de vuestra dignidad a vuestras manifestaciones. En ellas miraba más bien solo al general Bonaparte que honrando su amistad al general Mazarredo, y tratándolo con la franqueza de entre dos militares, le daba prueba de estimación particular comunicándole aquellos sentimientos para que con su conocimiento disipase sus causas y no quedase vestigio de desacuerdo entre los dos Gobiernos.* Y el 9 de marzo del mismo año, Mazarredo presenta su plan a Napoleón sobre el movimiento y acción de las fuerzas navales de las dos potencias aliadas, Francia y España, modelo de concreción y ajuste. No es extraño por tanto que de algún modo, ocho años después sea el propio Napoleón el que sugiera —y sus sugerencias son puro mandato— a su hermano José al que ha regalado la corona de España, que cuente con Mazarredo entre sus leales.

Es indudable que Mazarredo, pese a su adscripción al rey intruso, tenía que defender los intereses de España amenazados por la ambición de Bonaparte que quería disponer a su antojo de las fuerzas navales españolas. La firme actitud del marino encolerizó a Napoleón que lo retuvo en París largo tiempo y gestionó su cese en el mando de la escuadra. Años más tarde, en pleno fragor de la guerra de la Independencia, el afrancesado Mazarredo evitaría que los buques que se hallaban en Ferrol tras el abandono inglés de Galicia, salieran para Francia de donde ya había llegado un contralmirante con oficiales y marinería, para hacerse cargo de ellos. No se conformó con la remisión de oficios u órdenes escritas, sino que se personó físicamente en la ciudad gallega, para que con la fuerza de su presencia, se hiciese firme la decisión de no llevar los barcos a Francia. Cuando se fueron serenando las pasiones y analizado fríamente hechos y actitudes, la Marina entendió que el haber pesaba más que el debe y en 1847 una Real Orden dispuso que se le diera el nombre de Mazarredo a una corbeta de reciente construcción.

Los ojos de la Historia miran muchos pasajes. Unos contemplan la vida de un personaje con sus luces y sus sombras, mientras otros lo insertan en las

corrientes de su tiempo. Una acertada conjunción, expuesta magistralmente por Pablo Gonzalez Pola en la conferencia de apertura de estas jornadas. Por ello conviene fijar los lazos de conexión del marino cuyos méritos profesionales y señas de identidad han sido justa y brillantemente resaltados a lo largo del ciclo con el del hombre que toma partido por José Bonaparte, se integra en su estaff en una cartera de importancia como la de Marina, asiste en Bayona al alumbramiento de la carta otorgada y sigue los azares y vicisitudes de su nuevo soberano. No voy a entrar en el resbaladizo terreno de las especulaciones, pero cuando Mazarredo toma su decisión se sabe falto de apoyo para sostenerla y sabe que tendrá el rechazo, cuando no el desprecio de sus compañeros, de los que hasta entonces no ha tenido mas que muestras de consideración y de respeto. Y como para muestra basta un botón, juzguen la carta que el jefe de escuadra, héroe de Trafalgar, Francisco Javier de Uriarte y por el que Mazarredo siente gran aprecio, le dirige al ministro de José I, cuando le solicita en oficio de 22 de julio que se presente en Palacio con el fin de prestar juramento de fidelidad al intruso. La respuesta inmediata y de su puño y letra está concebida en estos términos *Excmo Sr. He recibido el oficio de V.E. de esta fecha en el que me previene me presente en la Secretaría de Marina con objeto de prestar juramento de fidelidad en manos del Rey, cuyo honor dice V.E. quiere dispensar a los Generales del Ejército y de la Armada.*

Ni mi honor ni mi conciencia me permiten acceder al mandato de V.E., juramento que tengo hecho a mi legítimo Soberano, S.M. el Rey Don Fernando VII y estoy presto a perder mi empleo y mi vida, antes de acceder a lo que V.E. solicita en su oficio que deajo contestado. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 22 de julio de 1808. Francisco Javier de Uriarte, Excmo. Sr. Don José de Mazarredo.

Hay que presumir que no por esperada la respuesta no sentiría Mazarredo un revulsivo emocional, por cuanto suponía que Uriarte no iba a estar solo en su rechazo. Escaño, su fiel Escaño, y tantos oreos compañeros con los que había compartido glorias y sudores. Quizá la culpa de todo la tuviera la prepotencia de Godoy a quien tanto molestaban las continuas protestas que por escrito le eleva Mazarredo quejándose del abandono de la Armada. Y vuelca su rencor contra el marino, y con olvido de los relevantes servicios que ha prestado a España, se obstinó en mantenerlo durante seis años apartado injustificadamente del servicio, postergado y humillado, persiguiéndolo incluso en su ostracismo de Bilbao, desterrándolo a Santander y Bilbao, por el supuesto—y ridículo hecho— de haber fomentado un alboroto público, actitud —como escribe el almirante Barbudo— totalmente en contradicción con la más que probada lealtad al Rey y postura de orden de Mazarredo.

No sería el plante del general Uriarte el único que amargaría las primeras horas del nuevo ministro josefino. El almirante Álava también rechaza la propuesta de Mazarredo y escapa de Madrid a Sevilla para llegar a Cádiz, último baluarte de la independencia española donde se hizo cargo de la escuadra anclada en aquella bahía. Don Cayetano Valdés, tan culto e ilustrado, no escuchó tampoco los cantos de sirena del usurpador y tras dejar la escuadra de

Cartagena en Mallorca, hurtándola a los deseos de Napoleón que la quería en Tolón, también marcha a Cádiz donde será hombre fundamental en la defensa de la isla de León. Del mismo modo Escaño fue reclamado para el servicio del rey José y su respuesta negativa fue categórica. Como ministro de Marina *leal* y hombre de la Regencia sus servicios fueron inestimables para la nación en armas. Solamente dos almirantes de la amplia nómina del generalato, Jose Justo Salcedo y Pedro de Obregón tomaran partido por el rey intruso, siendo por tanto los únicos colaboradores de este rango, con los que cuenta Mazarredo. Ya hablaremos de ellos más adelante.

Es evidente que no todos los ilustrados de finales del siglo son afrancesados: Floridablanca, Jovellanos, y dentro del marco naval Císcar son un buen ejemplo, pero si todos los afrancesados militan en el campo de la Ilustración y son los que asisten a las Cortes de Bayona convocadas por Napoleón y los que aceptan desempeñar carteras ministeriales en el equipo de José Bonaparte. Y surge de nuevo la obligada pregunta: ¿convencimiento?, ¿lealtad?, ¿conformismo u oportunismo político? Quizá las respuestas se enmarquen más en el campo de la sociología que de la política. En el beneficio de la duda que da la presunción de buena fé de la mayor parte de ellos hay que oponer el divorcio evidente con la reacción popular y revolucionaria, que contra los afrancesados, o los que parecían serlo, fue implacable. El populacho —que no el pueblo— fiel interprete del cainismo ibérico se tomó la justicia por su mano y produjo tremendos linchamientos de militares de alto rango, como Solano, ahorcado en Cádiz, el marqués de los Camachos arrastrado por las calles en Cartagena hasta su muerte y don José Varas y Varáez asesinado en Ferrol. Los ministros afrancesados mostraron su horror —y su temor— ante estos hechos. De nuevo la barbarie y el caos se imponían al orden y la justicia que propugnaban. Por eso esperan que los insurrectos sean aplastados por los ejércitos imperiales. Pero las Cortes reunidas en San Fernando contraatacarán —en pleno fragor de la contienda— promulgando duros decretos contra los afrancesados a los que se le incapacitaba para el ejercicio de empleos y cargos públicos. Lo curioso es que muchos doceañistas, profesaban en el fondo la misma ideología de los sancionados, pero anteponen su devoción y su lealtad en la causa de aquel ingrato rey que se llamó Fernando VII.

Pero para dar visos de validez a la introducción de la dinastía francesa en España, había que dotarla de un soporte legal, y éste se ve plasmado en la Constitución de Bayona, que quierase o no es la primera constitución propiamente dicha de la Historia de España. No era liberal, como lo será años más tarde la *Pepa*, acepción popular de la de 1812. No se mencionaba en ella la Inquisición, el clero regular y los señoríos, y preservaba los principios fundamentales de la España monárquica y católica. La religión oficial y la única aceptable era la católica y aunque se restauraban las Cortes no tendrían poder legislativo. Se modernizaban los sistemas judicial y fiscal y se protegían los derechos individuales. Además se concedía la libertad de prensa en el plazo de dos años.

En realidad esta Constitución que agradaba a los asambleístas reunidos en Bayona, pudo haber representado un paso en dirección, acertada, esto es, hacia una España más liberal y moderna y pudo haber evitado la contienda que originó la de 1812. Pero no habría de ser así, pues solo se aplicó a intervalos y protegida por las tropas francesas. La mayor parte de los españoles no llegaron a enterarse de que había existido. Y es que el peso de las armas parecía estar muy por encima del de las leyes.

El 7 de julio de 1808 el nuevo rey José Bonaparte, así como sus diputados, juraban lealtad a la Constitución y poco después José formó su nuevo Gobierno. Incluía a Luis Mariano de Urquijo, Francisco Gabarrús y Gonzalo O'Farrill, que constituyeron más tarde importantes pilares del régimen afrancesado, Pedro Cevallos, que había servido a Godoy y a Fernando, cambiando más tarde de campo para luchar por la España libre y nuestro Mazarredo. Para Miguel Morayta, catedrático de Historia en la Universidad de Madrid y Gran Oriente de la Masonería española, todos son masones, lo que les otorga un alto grado de libertad y tolerancia y todos están llamados a jugar un gran papel en beneficio de la fraternidad universal.

José con gran comitiva entró en España el 9 de julio. Estaba lleno de buenas intenciones y convencido de haber sido designado por la Providencia para realizar una completa regeneración y parecía dispuesto a impedir que su todopoderoso hermano interfiriese en la gestión de gobierno. Imaginaba un mandato bastante benéfico para su nuevo reino con reformas políticas pero sobre todo sociales que le darían una gran popularidad entre sus súbditos y le aseguraría un lugar respetable en la Historia de España. Y así parecía creerlo también Mazarredo que no dudó en brindarle su lealtad, aunque después en las deliberaciones de los consejos de ministros adoptara otras posiciones, ya que junto a O'Farrill —sintonía entre dos ministros militares— eran los más enérgicos en la defensa de cuanto consideraban consubstancial al patriotismo.

Pero la entrada del nuevo rey en su nuevo reino distó mucho de ser triunfal. Los habitantes se mostraron en general hostiles y José comprendió bien pronto que no era bien acogido en España. En la correspondencia con su todopoderoso hermano, recogida entre otros textos, en los libros de Vallejo Nájera, *Yo el Rey* y *Yo el intruso* de tan fácil como agradable lectura, mostraba indudable signos de inquietud. Napoleón procuraba animarlo con cartas optimistas pero José vivía su propia realidad. Madrid, donde entró el 20 de julio, le otorgó un sombrío recibimiento y el ánimo de José se hundió hasta el punto que conocido el resultado de la batalla de Bailen, emprendió viaje hacia el norte, pensando en la posibilidad de tener que volver a Francia. La directa intervención de Napoleón con sus doscientos mil soldados de refresco hizo cambiar el curso de la guerra y José pudo volver a Madrid de nuevo el 22 de enero de 1809 por la puerta de Atocha en brioso caballo alazán, sin que el recibimiento esta vez tuviera la hostilidad del anterior, aunque sí un clima de indiferencia o resignado conformismo.

José no esperó esta vez, consejos o recomendaciones para procurar ganarse el afecto de sus súbditos. Salía bastantes veces de Palacio para visitar asilos y

hospitales y en todos ellos hizo buena impresión su afabilidad. Volvió a restaurar las corridas de toros, suprimidas por Godoy sufragando de su propio peculio una parte de las entradas en beneficio de los asistentes. La gran mayoría de los madrileños eran desde luego buenos patriotas y sentían resentimiento a causa del domino extranjero que las bayonetas de Napoleón les había impuesto. Pero ante el rey José, parecían sentirse desarmados, aun cuando esta sensación no durara sino unos momentos. Sus ademanes agradables, su sincero afán de complacer eran sus mejores armas. Comprendió los problemas de España mejor que el Emperador y hubiese querido y hubiese querido independizarse de la política imperial. De él se ha dicho que *constreñido entre los ejércitos napoleónicos que no le obedecían y la cerrada hostilidad de los españoles, no pudo hacer valer sus buenas cualidades*. La mayor parte de sus ministros —que lo habían sido de Fernando VII— podían valorar las diferencias existentes entre uno y otro. De aquí que muchos analistas o historiadores, no precisamente calificados como afrancesados, comiencen a plantearse la cuestión de si no nos hubiera ido mejor con José I que con Fernando VII, el peor de aquella *dinastía miserable* como duramente la tachó Carlos Marx en sus escritos sobre España.

Pero volvamos al papel de Mazarredo y su ministerio sobre una Marina prácticamente inexistente (casi todas las operaciones fueron terrestres) y a la que intentó mas que nada salvaguardarla de incursiones extrañas contando para ello con la colaboración de los almirantes (en realidad se titulaban generales) José Justo Salcedo y Pedro de Obregón. Y vuelve a surgir la pregunta que hicimos con respecto a nuestro Mazarredo. ¿Que factores pudieron influir en su decisión en poner su espada al servicio del rey francés? ¿Odio al inglés contra el que se han pasado media vida peleando? ¿Convencimiento que con José Bonaparte puede lograrse una España mejor? Ambos cuentan con una excelente hoja de servicios y están considerados como jefes inteligentes y de valor probado. Salcedo en 1794 había tomado parte en la campaña del Cantábrico al mando del navío *Monarca*, con el que asistió al socorro de Rosas y en 1798 estuvo en la defensa de Cádiz, precisamente a las órdenes de Mazarredo y colaborando estrechamente con él, forzando el bloqueo con las fragatas *Mercedes* y *Paz* y con el mando del *Argonauta* hizo reiterados viajes a América.

En la ruptura de hostilidades con la Gran Bretaña estaba de licencia en Cádiz donde se le confirió el mando de la escuadra de Cartagena que afortunadamente no combatió en Trafalgar Ascendido a teniente general continuó con el mando de dicha agrupación y cuando sobrevino la invasión francesa se ordenó a la escuadra de Cartagena se dirigiera a Tolón, pero don Cayetano Valdés, con clara visión de lo que podría pasar de cumplimentar la orden se quedó en Palma de Mallorca. Murat exigió la destitución de Valdés y Mazarredo nombró para sucederle al general salcedo que ya la había mandado y cuyo destino era en aquellos momentos vocal del Consejo de Almirantazgo. Salcedo no solo no se hizo cargo del mando sino que tras los sucesos del 2 de mayo se dirigió a Valencia para tomar parte en la defensa de esa ciudad

contra el ejército francés. Sin embargo en 1809 da un cambio radical, se une a la causa de Bonaparte y acepta ser uno de los pocos marinos que secunda sus órdenes —las recibe por conducto de Mazarredo— aunque con poca fortuna vista la precariedad y resultados negativos de las acciones navales que emprendieron. Terminada la guerra Salcedo emigró a Francia donde vivió muy estrechamente, pero a su regreso, después de no pocas vicisitudes el rey rehabilitaría su memoria.

En cuanto a don Pedro Obregón, su vida es en cierto modo paralela a la de Salcedo. Formó parte de la expedición de Argel en 1775 y en 1780 se halló en la toma de Mobile y en Bahía Honda apresando a la fragata inglesa *Nancy* después de reñido combate. Estuvo también en la escuadra del general Solano en la campaña de la Florida y toma de Pensacola. Ascendió a brigadier en 1791 y al mando del navío *San Hermenegildo* en la escuadra de Gravina, incorporada ésta a la de Lángara tomó parte en la ocupación y defensa de Tolón.

Ascendido a teniente general, cuando la invasión francesa estaba de comandante general de Ferrol y se puso a las ordenes del rey intruso, al que sirvió con lealtad, ya que tuvo que salir con las tropas francesas, aunque dilató la salida ordenada de los buques para Brest de tal forma que salvó a la escuadra de caer en poder de Francia, a imagen y semejanza de lo que su mentor Mazarredo había hecho años antes, precisamente en la misma ciudad ferrolana. Obregón tuvo peor suerte que Salcedo; murió en el destierro y sus bienes fueron confiscados por la Regencia.

Tanto Obregón como Salcedo, gozan de la absoluta confianza de Mazarredo, pero el campo de sus operaciones navales es muy limitado y apenas hay constancia de sus actos. En 1810 está en Málaga con su flamante título de comandante naval y se muestra impotente para armar en corso dos faluchos y cuatro cañoneras. La *Gaceta del Gobierno* publica la correspondencia que sostiene con Mazarredo en la que manifiesta las dificultades que encuentra en su misión, al no encontrar oficiales de la Armada para el mando de esos buques y que tienen que ser suplidos por pilotos. La realidad es que la mayor parte de los cuadros superiores de la Armada están batiéndose el cobre en la lucha contra los invasores en operaciones de tierra en las que no pocos alcanzaron notables méritos.

Por fin encuentra Obregón dos faluchos *Santísima Cruz* y *Nuestra Señora del Carmen*, este último medianamente armado y del que toma el mando el alférez de navío Gabriel de Olivar, al que los franceses habían hecho prisionero en Málaga y al que creían haber conquistado para su causa, pero una vez en el mar —octubre de 1810— se pasó a los patriotas entrando en Gibraltar y luego en Algeciras Refiere el contralmirante Martínez Valverde en su interesantísimo libro *La Marina en la guerra de la Independencia*, como Olivar, ya en Cádiz, fue ascendido a teniente de fragata por esta acción creándose un escudo de distinción para él y para su dotación. Pensaba apresarse, antes de pasarse, el otro falucho armado por Obregón, pero una traición hizo imposible la sorpresa. El Gobierno intruso calificó el hecho de *detestable* y *abominable*

que Olivar no pagaría *con cien vidas que tuviera* Se le dio de baja en la lista de su Armada y decretó el embargo de bienes de todos los tripulantes del *Nuestra Señora del Cármen*. ¿Qué pensaría Mazarredo de todo esto, de vuelta ya de tantas cosas?

La acción más importante de nuestros dos generales josefinos es la conmiación a la Junta de Gobierno de Cadiz y la isla de León a la rendición en un documento suscrito en el Puerto de Santa María redactado en términos muy ampulosos y que de inmediato obtiene la respuesta negativa de la Junta en términos de absoluta dignidad dentro de un laconismo elocuente: «la ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el Señor Don Fernando VII. Cádiz, 6 de febrero de 1810. Francisco Javier de Venegas». (Siguen las firmas de los vocales.)

No cejaron en su empeño los marinos comisionados por el gobierno afrancesado y dirigieron una nueva carta al general Álava comandante general de la escuadra de Cádiz, intentando que *pícara* ante lo que calificaban como el *peligro inglés*. Por no alargar en demasía esta ponencia, no la transcribo en su total extensión (se incluirá en el texto escrito de cuaderno monográfico), pero les aseguro a ustedes que no tiene desperdicio. Álava contestó el mismo día con una repuesta terminante y firme que incluso a la Regencia le pareció dura pues le hizo modificar algunos párrafos. Otra dolorosa prueba para Mazarredo que no ha apurado aun totalmente los desaires de sus compañeros (y Álava estaba entre los mas queridos).

Los intentos de incrementar la marina josefina con la construcción urgente de lanchas cañoneras, cuyo manejo y utilidad tan bien conocía Mazarredo, faluchos armados y obuseras, así como la utilización desde el río de Sevilla a Puerto Real de cuantos barcos resultaran adecuados para cañoneras y las tartanas y charangueras para transportes y con objeto de dotar las escuadrillas ante la resistencia de los marinos españoles a tripularlas, hicieron venir hasta la costa marinos de la Guardia Imperial. Pero muchos de ellos habían sido apresados en la batalla de Bailén que impidió a Dupont la recuperación de la escuadra francesa fondeada entre Cádiz y La Carraca. Tal fue el origen de la flotilla afrancesada que tan poca eficacia demostró durante todo el sitio gaditano y en cuya organización y puesta a punto se invirtieron notables sumas. En ellos, y ante las impacencias mal contenidas del almirante francés Sausseaux, emplearon sus esfuerzos —dignos de mejor causa— los marinos afrancesados del rey José.

Es evidente que sin esa equivocada decisión, mal juzgada e interpretada hasta épocas recientes, el nombre de Mazarredo figuraría por derecho propio en al lado de los más ilustres varones del botón de ancla. Su correspondencia de los últimos años se deja ver su agitación interior y su dolor de español. Se ve flaquear lo que él creyó en principio que era fe en la causa de José Bonaparte, pero a pesar de su desilusión y de sus dudas, es cierto que le faltó la decisión para tomar una decisión final en el sentido de retractarse, actitud que le hubiese valido la general estimación y que le hubiese permitido volver como hijo pródigo al seno de una corporación a la que tanto y tan bien había

servido. Sin embargo, a pesar de todo, historiadores tan importantes y próximos a él, como Fernández Duro y Fernández de Navarrete rehabilitan su nombre y ensalzan su memoria, y otros historiadores españoles sin afinidad con la marina —Gómez Arteché y el conde de Fernán Núñez—, lo elogiarán asimismo. Y en cuanto a los extranjeros, Guerin y Romey, lo citan como uno de los valores más insignes de finales del siglo XVIII, con adjetivos como bravo, hábil, ilustrado. Y en nuestros días, firmas tan importantes como las de Miguel Artola en su fundamental libro, *Los afrancesados*, Moreno Alonsó en su espléndida biografía de José I y el ya citado Vallejo Nájera en su novela *Yo el intruso*, destacan unas cualidades tanto en el orden técnico como el psicológico, que eran bien patentes y notorias.

Mazarredo muere en Madrid en 1812, en el mes de julio, cuando la estrella napoleónica comienza a extinguir su brillo en el horizonte sombrío de Europa y negros nubarrones van a ceñirse también sobre España con la vuelta del Deseado, ¿cabe mayor ironía en la palabra? Las dos Españas, la de los patriotas y los afrancesados; la de los serviles y los liberales, cargarán sobre sus hombros los despojos de una vida, de quien no supo o no pudo lograr la plenitud de la gloria. La Historia, a la que tanto amamos, lucha desesperadamente entre sombras, entre espectros que pasan. La muerte se lleva sus misterios, pero al final queda siempre el triunfo del espíritu sobre la materia.

Muchas gracias.